

«No entiendo de ética, pero tengo normas»:  
Tony Soprano como mánager ético

RONALD M. GREEN

Parece raro mezclar la palabra «ética» con Tony Soprano. Tony comete terribles pecados y crímenes. A unos los condena a muerte y a otros los mata con sus propias manos; traiciona sistemáticamente a su esposa y abandona a sus amantes; dirige una organización criminal que abarca desde el robo y el chantaje hasta la corrupción de funcionarios.

Sin embargo, en este mundo de criminalidad, Tony muestra cierta integridad moral y esto hace que el personaje sea atractivo. Está rodeado de socios cuya maldad y escaso juicio amenazan no sólo a la gente sino también la paz y la estabilidad de su propia «familia» criminal. Sin embargo, con su liderazgo empresarial, Tony es capaz de crear cierto orden en medio del gran desorden que le rodea.<sup>1</sup> Si olvidamos por un momento nuestro juicio moral sobre la profesión de Tony, podemos considerarle un buen director que ha desarrollado una nueva técnica de gestión más ética durante un estresante período de cambio en su industria.

1. Para un debate sobre la atracción que genera Tony respecto al resto de personajes de la serie, véase el capítulo 11 de este volumen.

## El contexto de la maldad

Hay algunos aspectos que suavizan nuestro juicio sobre Tony y su banda, aunque gran parte de su conducta sea despreciable. Tenemos que ser claros en cuanto a esta dimensión negativa porque Tony ofrece a veces una visión moralmente idealizada de su estilo de vida criminal. Tenemos un destacado ejemplo en su conversación con la doctora Melfi. Cuando se le pregunta si teme ir al Infierno, Tony responde: «¿Qué? ¿Al Infierno?... No... Somos soldados y los soldados no van al Infierno. Es la guerra y los soldados matan a otros soldados. En la situación en la que estamos todo el mundo implicado sabe qué hay en juego... Es el negocio. Somos soldados. Seguimos códigos» (temp. 2, cap. 9, *Desde dónde a la eternidad*).

Como en toda racionalización, hay algo de verdad en este autorretrato. Casi todos los asesinatos y actos violentos que aparecen en la serie ocurren entre miembros de la Mafia que se atacan unos a otros y toman represalias. Algunos de los macabros acontecimientos de la serie encajan con esta descripción: Tony estrangulando a Fabian Petrullio, el chivato con quien se tropieza cuando acompaña a Meadow en una ruta por distintas universidades (temp. 1, cap. 5, *Universidad*); el asesinato de Matt Bevilacqua después de que éste intentara matar (con la ayuda de su amigo Sean Gismonte) a Christopher Moltisanti («por si acaso»); el consenso casi total de la banda de Tony de ejecutar a su mejor amigo Salvatore *Big Pussy* Bonpensiero a bordo del barco *Stugots* por haberse convertido en soplón del FBI (temp. 2, cap. 13, *Distorsiones*), o el tiro que Vito Spatafore le descerraja en la cabeza a Jackie Aprile Jr. como castigo por haber dirigido el atraco a mano armada de una partida de cartas de los mafiosos (temp. 3, cap. 13, *El ejército de uno*).

Sin embargo, la analogía que Tony hace con la ética militar es todo menos perfecta. Al margen del valor cuestionable de su causa, que pocas veces va más allá del enriquecimiento personal, Tony y su banda implican en sus actividades a personas ajenas a su empresa criminal. De forma sistemática y deliberada, involucran a «civiles» inocentes en sus actos delictivos. Como ocurre, por ejemplo, al comienzo del cuarto episodio de la se-

gunda temporada, *Commendatori*, cuando dos matones atracan a mano armada un todoterreno y sacan a la fuerza a la aterrada familia y a la mascota, un perro que acaba huyendo despavorido. Más adelante, nos damos cuenta que este tipo de atracos son el primer paso para un nuevo negocio en las actividades de la banda: el envío a Italia de coches de lujo robados. Otras víctimas inocentes fueron los empobrecidos residentes del gueto de Newark, a quienes Tony y los miembros de su banda dejaron en unas casas en que sólo había las cuatro paredes, tras robar la financiación federal para la rehabilitación de las viviendas (ni tan siquiera había para las tuberías), en una operación maquinada por él, Zellman (miembro de la Cámara Baja del Estado) y algunos más. Otro de los ejemplos es la operación en la que Christopher Moltisanti se mete a agente de correduría: un plan de estafas masivas para venderle a ancianos acciones con un valor inflado llamadas «Webistics»; cuando un intermediario financiero con remordimientos de conciencia trata de presentar inversiones alternativas a un cliente, recibe un palizón de Bevilacqua y Gismonte, los matones «encargados de la sección».

Tony y sus socios no son los únicos implicados en la corrupción y el fraude. En *Los Soprano*, la Mafia se utiliza como reflejo del mundo «respetuoso de la ley». «Webistics» es una metáfora del codicioso despliegue publicitario que realizó el sector tecnológico en los noventa. En *Un éxito es un éxito* (temp. 1, cap. 10), Carmela se asombra, durante una barbacoa con los Cusamano, sus burgueses vecinos italianos, de que las esposas se dediquen a la compra-venta de acciones con información privilegiada. Pero quizá lo más revelador sea la breve conversación entre Meadow y Tony mientras van a Colby para la entrevista universitaria. Meadow le pregunta sin rodeos: «¿Tú eres de la Mafia?». Tony responde que una parte de su dinero proviene del juego ilegal, y además añade: «¿Qué piensas tú?». Meadow responde: «A veces quisiera que fueras como los otros padres..., como el señor Scangarelo, por ejemplo... Es un directivo de publicidad de una tabacalera».

Si ponemos en un lado de la balanza los crímenes de Tony y en el otro los del señor Scangarelo, Tony sale ganando. Los crímenes de Tony y su banda son poca cosa comparados con

las fechorías cometidas por las avariciosas corporaciones y los políticos corruptos. En términos de ética empresarial, lo que condenamos en la conducta criminal tiene su contrapunto en el mundo de los negocios legítimos de hoy en día, y este aspecto queda subrayado en *Los Soprano*.<sup>2</sup>

Pero nada de esto disculpa a Tony. Él desempeña conscientemente el papel de líder en una industria en la que el robo, el fraude, el chantaje y el asesinato son rutinarios; una industria cuyos mejores y, a veces, únicos productos o servicios son los que alimentan los vicios y adicciones humanas. El conflicto entre su conciencia y la manera de ganarse el dinero es seguramente la causa de la mayor parte de su sufrimiento psicológico, que desencadena los ataques de pánico que le llevan hasta la consulta de la doctora Melfi. Entonces, ¿cómo podemos ver a Tony como un «mánager ético»?

Hay dos respuestas a esta pregunta. La primera implica comparar a Tony con otros de los mánagers con los que trabaja y que representan al conglomerado mafioso en ese momento de su historia. La segunda se centra de forma más directa en la calidad de su toma de decisiones. En muchos capítulos y escenas cruciales vemos que Tony, aunque parezca hostigado y frustrado, dirige formidablemente a su equipo a través de los desafíos que surgen.

## Los malos ejemplos

Cuando comparamos a Tony con otros jefes que están por encima o por debajo de él en la escala de la Mafia, comprobamos por qué mantiene una posición de responsabilidad. Estos socios juntos constituyen un ejemplo de incompetencia. Donde mejor se demuestra es en el escalón superior a Tony en la jerarquía. Corrado Soprano (el tío Junior) es el estereotipo opuesto que realza las habilidades de liderazgo de Tony. La sed de poder y respeto de Junior supera con creces sus habilidades para ejer-

2. David Simon, *Tony Soprano's America: The Criminal Side of the American Dream* (Westview, Boulder, 2002).

cer ese poder y merecer ese respeto. Los errores que comete una y otra vez, con cada opinión y decisión, constituyen el motor de la narración. Ignora, entre otras cosas, casi todos los hechos culturales básicos. Después del arresto de Junior, Jacob Greenspan un juez claramente judío se entrevista con él y con su abogado y le pregunta si sabe qué es una pulsera electrónica. Junior reflexiona un momento y responde: «A mí eso me suena a la Alemania nazi». El juez responde entonces amargamente diciendo que Junior «necesita una lección de historia» y le condena a llevar uno de esos artilugios (temp. 2, cap. 2, *No reanimar*). En episodios anteriores, Tony se encuentra con los capos para decidir quién debería liderar la organización. Propone como *capo di capi* a Junior, quien piensa que cuenta con el apoyo de la rama neoyorquina de la Mafia. «Sea como sea, que Dios bendiga a tu tío —dice Larry Barese—. Pero vive en otro siglo, y Nueva York lo sabe» (temp. 1, cap. 4, *Meadowlands*).

La ignorancia, el escaso sentido de juicio y la vanidad subyacen en la decisión de Junior de aceptar el puesto de jefe sabiendo que esto le coloca en la diana de un proceso pendiente del gobierno. Casi inmediatamente, Junior pone en peligro a la familia por culpa de una serie de malas decisiones (temp. 1, cap. 6, *Pax Soprana*). Para imponer su control, manda a Mikey Palmice dar una paliza a los jugadores de cartas que están bajo la protección del capo Jimmy Altieri. Asimismo, Livia le incita a imponer impuestos a las operaciones previamente protegidas del consejero familiar, Hesh Rabkin. Imitando a Don Corleone en *El Padrino*, le dice a Palmice que arroje al camello Rusty Irish desde el puente de Patterson Falls, como castigo por haber provocado el suicidio (por sobredosis) del nieto adolescente del sastre de Junior. Desgraciadamente, Rusty Irish era uno de los mejores jugadores de apuestas de Larry Barese, y éste se enfurece por no haber sido consultado primero.

Estas malas decisiones conducen a una reunión en el restaurante de Satriale, en la cual los capos se quejan de que Tony ha creado un Frankenstein. En un intento por resolver el problema, Tony visita a su madre Livia y le dice que hay que controlar a Junior, y añade: «En este negocio no se perdonan las malas decisiones». Más tarde, apela a la sensibilidad de los italianos

más veteranos para intentar enseñarle a Junior que un líder respetado debe compartir su riqueza con sus subordinados. Mientras ambos están viendo un partido en la tele, Tony menciona a César Augusto: «Todo el mundo le quería porque nunca comía solo... Fue la época más larga de paz en la historia de Roma. Fue un líder justo y toda su gente le quería por eso».

Hacia el final de la primera temporada, los fallos que comete el personaje de Junior le llevan a tomar su peor decisión: matar a Tony. Lo más destacado aquí es el papel desempeñado por Livia. Como está furiosa porque Tony la ha metido en la residencia Green Grove, aprovecha la aflicción de Junior (que sabe que Tony es quien controla de facto el negocio familiar) y le cuenta que su hijo está haciendo terapia (temp. 1, caps. 8, *La leyenda de Tennessee Moltisanti*, y 9, *Boca*) y además exagera los exabruptos de Tony (temp. 1, cap. 11, *Nadie sabe nada*). Sin duda, Livia es un monstruo. Como Tony le cuenta a Melfi (temp. 1, cap. 1, *Piloto*), al final de la vida de su padre, ella era capaz de exprimir al tipo duro que era su esposo «hasta dejarlo vacío... chillaba como un pequeño gerbo cuando murió». Junior, que es aún más débil, no está a la altura de las capacidades de Livia para la agresión pasiva.

Los fallos de Junior no tienen nada que ver con su predisposición para escuchar los consejos femeninos. Veremos que una de las mayores fortalezas del liderazgo de Tony es su capacidad para escuchar y respetar las opiniones de las mujeres. El error de Junior no está en no escuchar a las mujeres, sino en escuchar a Livia. El resultado es una decisión que perjudicará tanto a su familia biológica como criminal.

Unos puestos más abajo en la jerarquía, Christopher Moltisanti muestra otro tipo de fallos. El peor vicio de Junior es su escaso juicio moral, su vanidad y su ignorancia; el de Christopher es su impulsividad. Tony lo reconoce. Las cosas se ponen feas cuando Christopher acepta salir de la correduría una tarde para irse a la playa con Adriana. Los dos matones de la oficina le dan una brutal paliza a uno de los corredores y roban un Porsche Carrera del garaje de su propio edificio. Tony regaña a Christopher: «Te he estado diciendo que pasaras más tiempo en la correduría. Eres agente del mercado de valores, por todos

los santos. Tienes que controlarte un poco» (temp. 2, cap. 1, *Un tipo entra en el despacho de una psiquiatra*).

En cierto modo, el problema de Christopher es generacional. Ha nacido en el mundo de la televisión, los videojuegos y las drogas. Por tanto, está acostumbrado a una estimulación constante y una satisfacción inmediata. No nos choca su tendencia a ver el mundo bajo la óptica del cine o el vídeo (temp. 2, cap. 7, *Productora ejecutiva*).

Estos fallos se ven muy bien en *Meadowlands*, un capítulo clave de la primera temporada. Cuando Christopher intenta cobrar su pago semanal del camello Yo Yo Mendez, se da cuenta de que «ésta ya no es mi esquina; que es de Junior». Y, enfurecido, regresa rápido al Bada Bing. En esos momentos, Tony y sus chicos están viendo un reportaje en la tele sobre la muerte del jefe mafioso —y amigo— Jackie Aprile. Sin darse cuenta (o sin importarle), Christopher irrumpe justo en el momento más emotivo y, muy alterado, suelta que hay que hacer algo de inmediato. Paulie *Walnuts* Gualtieri intenta calmarlo y le ruega: «Christopher, éste no es el momento», pero Christopher insiste: «Se están metiendo. Yo digo que pasemos a la acción». Tony pretende relajarlo: «Tengo que evaluar esto», pero Christopher no escucha: «¿Qué somos? ¿Políticos? ¿Te parece esto el Senado, Tony? Esto trata sobre el respeto a lo nuestro». La respuesta de Tony no se hace esperar: «¡Cállate de una puta vez! A ti no te concierne». Entonces Christopher monta su espectáculo:

¿Quién lo dice? Yo te represento ahí fuera y estoy harto de tener el rabo metido entre las piernas. No es momento para negociaciones. Esto es como en la peli *El precio del poder*: un bazoca en cada brazo y a hacer como en la peli de Brian de Palma.

La interpretación (o reconstrucción) que Christopher hace de una de las más famosas escenas del cine de mafiosos encaja perfectamente con su personalidad. En un determinado momento le dice a Adriana: «Me encanta el cine. Ya lo sabes. El olor ese tan especial. El olor a palomitas y a moqueta me pega un subidón» (*La leyenda de Tennessee Moltisanti*). Al haber crecido con la televisión y el cine, tiende a comportarse según las

fórmulas de Hollywood en lugar de dedicar más tiempo a una reflexión detenida. Al final de esta escena, Christopher le dice a Tony: «Si no haces algo, voy a tener que cuestionar tu liderazgo». Tony monta en cólera, agarra a Christopher y lo estampa contra la barra del bar, estrangulándole. «Capullo desagradecido. ¿De dónde sacas las pelotas para cuestionar mi liderazgo?»

El asunto es el liderazgo. Tony sospecha que Christopher es, de entre todos los miembros de la banda, quien más capacidades tiene para ser uno de los jefes e incluso su sucesor (temp. 4, cap. 1, *Para todas las deudas públicas y privadas*).<sup>3</sup> Es un chico listo, duro y está al corriente de cómo funcionan las cosas ahí fuera. Incluso ha dado muestras de habilidad para aprender, como cuando se niega a atracar por segunda vez uno de los camiones protegidos por Junior (temp. 1, cap. 2, *46 Largo*). En este capítulo se establece un contraste entre Christopher y su amigo Brendan Filone; este último persigue el camión y acaba con una bala en el ojo: «un Moe Green especial» por cortesía de Mikey, el hombre de confianza de Junior. No obstante, el talón de Aquiles de Christopher siguen siendo sus impulsos descontrolados. En la cuarta temporada, todo esto acaba con su caída en la adicción a la heroína.

### Habilidades de Tony para la dirección

Junior y Christopher representan dos estilos fallidos de dirección; sin embargo, el liderazgo que ejerce Tony se considera uno de los aspectos más interesantes de la serie. A través de su conducta y sus elecciones, *Los Soprano* exploran lo que significa dirigir una compleja empresa humana en un ambiente de negocios donde todo cambia de un día para otro.

Tony no es perfecto en absoluto. Tiene algunos de los fallos de otros mángagers menos adeptos de la serie. Al igual que

3. Christopher no es realmente sobrino de Tony. Es hijo del difunto Richard *Dickie* Moltisanti, un veterano del crimen callejero que era primo de Carmela y mentor de Tony. Véase Alan Rucker, *The Sopranos: A family History* (New American Library, Nueva York, 2001).



Christopher, tiene problemas para controlar sus impulsos. Suelen tomar la forma menos destructiva de atracción hacia el sexo y la comida, pero a veces aumentan hasta una rabia y violencia irracionales, como se ve en la paliza que le da a uno de sus colaboradores, al asambleísta Zellman, por un asunto de celos (ha empezado a salir con Irina, la ex *goomar* de Tony) (temp. 4, cap. 7, *Demasiada televisión*). Hay que decir en su favor, que Tony es consciente de este aspecto de su personalidad. En *El empleado del mes* (temp. 3, cap. 4), Ralph Cifaretto golpea con su pistola a un empresario árabe que no ha pagado sus deudas. Más adelante, Tony le explica a Ralphie los motivos de no haberle ascendido a capitán: «Tienes inclinaciones negativas, Ralph, y te comprendo porque yo también las tengo».

Tony no sólo se da cuenta de sus fallos, sino que además lucha por controlarlos. Donde mejor se ve es cerca del final de *Commendatori*. En este capítulo, Tony, Christopher y Paulie están en Nápoles para concretar con sus socios napolitanos el negocio de coches de lujo robados. En cierto sentido, el capítulo es un estudio sobre cómo *no* hacer negocios. Paulie pasa todo su tiempo con putas. Christopher está tan colocado —empieza a meterse heroína—, que se olvida de traerle un regalo de Italia a su novia, y acaba comprándolo en el *duty-free* del aeropuerto de Newark. De los tres, Tony es el único que no pierde la perspectiva.

Y desde luego no resulta nada sencillo. Annalisa Zucca se ha convertido en el jefe de facto de la familia de Nápoles al tener a su marido en prisión y a su anciano padre con demencia. Es una mujer muy guapa y muy astuta, y eso es algo que a Tony no se le escapa (brillante la escena de ambos jugando al golf, en la que Tony no puede reprimir echarle un vistazo al culo de Annalisa cuando ésta se agacha para colocar la bola). Sin embargo, a pesar de sus atractivos, Tony tiene que conseguir un precio alto por cada coche robado y exportado por su banda. La negociación —con una gran carga sexual añadida— culmina con ambos personajes paseando solos por la cueva de los oráculos sibilinos. Annalisa le cuenta que las sibilas podían predecir el futuro. «¿Ah, sí?», responde Tony, y a continuación le pregunta: «¿Tienes una premonición para mí?». Annalisa le contesta que

«no es nada complicado, tú eres tu peor enemigo». Esto hace que Tony diga que le recuerda a alguien de Nueva Jersey (probablemente a Jennifer Melfi),<sup>4</sup> y Annalisa adivina: «No a tu mujer, ¿a tu novia?». Tony responde: «Oh, tengo una. Te respondo a tu pregunta. Pero no, a ella no». La conversación da un repentino giro sexual. «¿Alguien a quien te quieres follar? Lo sé», dice Annalisa. Tony trata de esquivar la pregunta, pero ella insiste: «¿No te la quieres follar? ¿No me quieres follar?». Tony responde: «Sí que quiero, pero donde como no cago». Annalisa no lo entiende. Y le pregunta con una risa nerviosa: «*Che cosa?*». Tony traduce: «*Non fare la merda dove mangiare*. No es forma de negociar y estamos negociando». La rabia de Annalisa aflora de repente. «*No, va tene. Va tene*». Vete, vete, le dice, y añade: «No a esos precios». Y a continuación ofrece una cantidad más baja por cada coche robado.

Lo extraordinario de esta escena es que Tony se mantiene centrado en el negocio a pesar de las continuas provocaciones que le lanza la italiana, todo un reto para un macho como él. Annalisa no sólo le está tentando con sexo rápido y sucio en el suelo de la cueva, sino que además está provocando deliberadamente su masculinidad. Mantener relaciones sexuales con ella sería para Tony una manera natural de retomar el control de la situación, sobre todo después de que ella haya demostrado tener un conocimiento psicológico superior al suyo, lo cual le ha disgustado. Y Annalisa lo sabe. Podría manipular esta situación para distraer a Tony del negocio y (literalmente) ablandarle en la última fase de las negociaciones. A pesar de toda su impulsividad sexual, Tony no sucumbe, y al final acaban cerrando un acuerdo muy ventajoso para él.

La habilidad de Tony para subordinar los deseos personales a las necesidades de los negocios es la manifestación de su amplia capacidad para actuar en beneficio de su organización. Por encima de todo, Tony tiene un buen juicio sobre lo que es importante para las partes implicadas en su negocio. Puede identificar las pretensiones de las partes y responder a ellas

4. Esta suposición se confirma en la conversación entre Melfi y Tony en el episodio *Dejar sin blanca* (temp. 2, cap. 10).

con justicia e imaginación. A diferencia de sus impetuosos e imprudentes colegas, no deja que su juicio se deteriore por la vanidad o el orgullo. De hecho, como en la escena con Annalisa, Tony está dispuesto a sacrificar un poco de «gloria» si con ello consigue preservar sus importantes relaciones y alcanzar mayores objetivos.

La serie está repleta de capítulos en los que el buen juicio de Tony evita el conflicto. Al final de la cuarta temporada, el jefe de la familia de Nueva York, Carmine Lupertazzi, amenaza con entrometerse en el proyecto del Paseo Marítimo. Parece que la guerra está a la vuelta de la esquina. Tony hace las paces con sus colegas neoyorquinos ofreciéndoles una modesta parte de las ganancias (temp. 4, cap. 13, *Olas blancas*). En la segunda temporada, cuando el peligroso matón Richie Aprile utiliza la ruta de la basura para la venta de drogas, Tony reacciona. En la asociación Garden State Carting, lleva a Richie hasta un rincón y le ofrece un cursillo breve sobre las realidades de la ley: «Después de cinco años, la policía por fin deja en paz el tema de la basura. Una redada por droga en una de las rutas es otra historia. Tienes al FBI, la DEA... Todos esos capullos van a estar de nuevo detrás de nosotros». Cuando Richie protesta, «Un poco de coca tampoco es para tanto», Tony le contesta de modo tajante: «Si queréis trapichear con droga, es cosa vuestra. Si lo hacéis en rutas de la asociación, es cosa mía. Quiero que lo dejéis, ¿entendido?» (temp. 2, cap. 11, *Arresto domiciliario*).

El episodio titulado *Meadowlands* ilustra muy bien la astucia de Tony, su amplitud de miras y la atención que presta a los complejos asuntos de las partes interesadas; esto es lo que denominamos una buena dirección. El epicentro del capítulo es la decisión de Tony de permitirle a tío Junior asumir el liderazgo de la familia. Hemos sido testigos de los acontecimientos previos a las tensas relaciones entre los hombres de Junior y Tony durante la larga enfermedad del jefe mafioso, Jackie Aprile. En una reunión con los capitanes, Tony se da cuenta de que tiene el puesto al alcance de su mano. Durante el mismo período, Tony le dice a Melfi que los ancianos de su vida, especialmente su madre y su tío, le exasperan. La doctora le responde recomendándole leer «un buen libro sobre eso, ya le diré el título»; éste

ofrece «estrategias para tratar con la gente mayor de la familia». Tony se opone diciendo: «Yo si leo me duermo», así que Melfi le ofrece un consejo basado en el argumento del libro: «¿Le haría daño dejar que su madre crea que sigue al cargo de todo? Usted tiene hijos, sabe que son como los viejos. Ya sabe que a veces es importante dejarles tener la ilusión de que mandan ellos».

La escena siguiente se sitúa en el Bada Bing. A pesar de su protesta anterior, vemos a Tony inclinado sobre la barra leyendo una copia del libro titulado *Cuidar a los ancianos: tratar con la crisis de la edad mayor*. La televisión anuncia la muerte de Jackie Aprile. Cuando Christopher irrumpe con su interpretación de *El precio del poder*, Tony lo pone en su sitio enérgicamente. La escena termina con Tony saliendo furioso del bar. Entonces Big Pussy anuncia fatalmente: «Allá vamos. La guerra del milenio», y Silvio añade: «Adiós, Junior».

Estos típicos pronósticos de películas de mafiosos nos hacen pensar que Big Pussy y Silvio tienen razón. Esta expectativa crece cuando la escena se desplaza fuera del pequeño restaurante en que el tío Junior pasa el rato con sus amigos. Tony aparece con su coche, sale de él y comprueba su pistola. Esto nos recuerda que Junior se había despedido de Tony después de una furiosa conversación en el mismo restaurante, «Vuelve cargado o no vuelvas» (es decir, armado).

Cuando Tony entra en el local, nos esperamos un tiroteo. Sin embargo, levanta las manos y declara con firmeza: «Vengo cargado como me dijiste, pero no quiero usarlo». Los hombres de Junior parecen nerviosos. Tony se sienta enfrente de él. «Nuestro amigo Jackie ha muerto —dice—. Necesitamos un líder.» Junior responde fríamente: «Por supuesto». Al parecer, está esperando a que Tony se proponga a sí mismo para el puesto. Pero acaba sorprendiendo a todos. «Los Soprano llevamos tiempo esperando tomar las riendas— dice—. Por eso quiero que seas tú, tío Junior.»

Junior se queda pasmado. Le pregunta si se trata de una decisión suya o si ha consultado a los capitanes. Tony asiente y Junior lo abraza. Mientras están en esa postura, Tony se acerca a la oreja de Junior y le susurra: «Sólo una cosa, una pequeña cosa. No puede parecer que he perdido prestigio. De modo que

Bloomfield y Paving Union es mi precio inicial». Junior asiente y la escena termina con las felicitaciones de los presentes.

En este capítulo y los que siguen, la sabiduría básica de la decisión de Tony se pone de manifiesto. Junior se convierte en el jefe simbólico de la familia, con lo cual se evita la guerra; Tony es libre para controlar la dirección de los negocios familiares mientras Junior se convierte en el blanco de las acusaciones federales. En el funeral de Jackie Aprile, Hesh, el prudente consejero, ofrece su propio juicio sobre la maniobra de Tony: «Inteligente, muy inteligente». Pero lo que no saben ni Hesh ni sus hombres es que la estrategia de Tony proviene de sus conversaciones con la doctora Melfi y de la lectura del libro *Cuidar a los ancianos*. Siguiendo el consejo de la psiquiatra, ha dejado a Junior «tener la ilusión de que manda él». Al poco volvemos a verle en una sesión terapéutica con la doctora, como si quisiera resaltar el asunto. Cuando ella le pregunta si sigue dudando de la terapia, Tony le responde con una sonrisa maliciosa: «No. Le daré otra oportunidad. Se me ocurren algunas ideas sobre cómo defenderme».

Durante una charla sobre la autoridad femenina en *Los Soprano*, Kim Akass y Janet Macabe señalaron que la relación de Tony con la doctora Melfi introducía una importante perspectiva femenina en la serie y en el pensamiento de Tony. Observaron que «la asimilación que Tony hace de la jerga psicoanalítica de Jennifer permite que una voz femenina penetre en un tipo de género que tradicionalmente la excluye».<sup>5</sup> Añadían que cuando Tony adopta la visión y los métodos profesionales de Jennifer, «[él] está adquiriendo nuevas destrezas interpersonales necesarias para manejar los problemas de recursos humanos a principios del siglo XXI».<sup>6</sup>

Si tenemos en cuenta el sexismo dominante en este mundo, apreciaremos mejor la magnitud del progreso de Tony como mánager. Tony puede mantener un control eficaz y provechoso de la organización en un contexto caracterizado por los cambios

5. «Beyond the Bada Bing!: Negotiating female Authority in *The Sopranos*», en David Lavery, ed., *This Thing of Ours: Investigating The Sopranos* (Columbia University Press, Nueva York, 2002), p. 154.

6. *Ibidem*, p. 153.

rápidos, las amenazas y la competición, precisamente porque es capaz de aprender de la doctora Melfi y aplicar ese conocimiento en los momentos cruciales.

Por supuesto, se podría decir que nada de esto tiene que ver con la ética. Tony no es un «mánager ético» en el sentido de que no se guía por consideraciones y principios universales basados en la opción ética y la conducta. Aunque no podemos considerarle un psicópata (pues puede llegar a sentir como propio el sufrimiento ajeno y se siente culpable de algunos de sus actos más injuriosos),<sup>7</sup> sus objetivos principales siempre son su propio beneficio, su familia y su banda.

Sin embargo, en este horizonte limitado, Tony se contiene moralmente y al mismo tiempo supervisa su propia moral. Intenta calmar las tendencias destructivas de sus chicos y las de sus socios de la Mafia, lucha por evitar la violencia y trata con respeto a las partes implicadas (desde la artista de *striptease* del Bada Bing hasta un cliente de la ruta de basuras, o un ambicioso capo). Es ético porque parece consciente, de forma intuitiva, de la famosa sentencia de san Agustín: «Hasta los ladrones se preocupan por mantener la paz con sus camaradas».<sup>8</sup>

El propio Tony ni siquiera usaría la palabra «ético» para describirse a sí mismo. En *Fusiones y adquisiciones* (temp. 4, cap. 8), Tony tiene un breve romance con Valentina, una novia de Ralph Cifaretto. La relación apenas ha empezado cuando Tony rompe. Valentina le persigue y le arrincona en un restaurante para pedirle explicaciones. Él dice que no pueden estar juntos porque ella se acuesta con Ralphie. «En serio, Tony, dímelo— se burla ella—. ¿De pronto un sentido ético?». «No —responde Tony—. No entiendo de ética pero tengo normas». Esta conducta transparente, adecuada hasta para un jefe mafioso, hace que los demás jefes tomen a Tony como modelo.

7. Glen O. Gabbard, *The Psychology of the Sopranos*, Basic Books, Nueva York, 2002, p. 32.

8. *City of God*, capítulo XIX. Citado de *Political Writings of St. Augustine*, editado por Henry Paolucci (Regnery, Nueva York, 1962), p. 10.